

El papel del traductor como agente y mediador cultural



Claudia Durán*

RESUMEN

A través de una breve exploración por los principales estadios que conforman el oficio del traductor, se analizan algunos problemas que afectan el proceso académico de un documento desde su creación en la lengua original hasta la recepción por parte de un lector que requiere de una traducción óptima para su comprensión. Durante la trayectoria de estas obras, destaca el papel que juegan las denominadas “obras satélites” en su proceso de reconocimiento y estudio, cuyas traducciones se ven rezagadas en muchas ocasiones por los intereses editoriales de las grandes publicaciones académicas.

► Palabras clave: fronteras idiomáticas, mercado editorial, producción intelectual, traducción.

Generalmente, cuando se piensa en traducir textos desde una perspectiva editorial, enfocamos la mirada en obras literarias que ya han sido valoradas por la crítica y el público, que han triunfado en su idioma original y cuya traducción al nuestro (el español) se hace inminente para darlas a conocer e integrarlas en un mercado editorial ajeno a su contexto de creación. Para ello, la industria editorial cuenta con una base de traductores que responde a dicha demanda con suficiencia.

La obra comienza entonces una trayectoria internacional en la que gana nuevos lectores y nuevas lecturas, que le conceden

* Doctora en Letras-Estudios Comparados en Literaturas de Lengua Portuguesa de la Universidad de São Paulo. cedurant@unal.edu.co



↓
Fuente: Flickr.com

al autor la categoría de escritor de talla universal y multitraducido; de igual forma, otras culturas tienen la oportunidad de conocer y de reconocer su escritura y su manera de pensar.

No obstante, detrás de esos grandes nombres de la literatura universal y del pensamiento en general existen otros textos “menores” que giran en torno a esas grandes obras, cuyo nacimiento fue generado por ese primer texto original, y que se encargan de discutir su importancia y su trascendencia. Llamo a estas “obras satélites”, ya que orbitan alrededor de un texto mayor, pero cuya importancia permite cimentar y establecer la trayectoria de aquella obra por la cual han sido creadas y de la cual derivan. Estos textos satélites, generalmente escritos por académicos e intelectuales —agentes culturales que circulan en el mismo ambiente originario de la obra mayor y que, por tanto, escriben también en su lengua nativa—, ya no son tan tenidos en cuenta para ser traducidos, a menos que la relevancia cultural del pensamiento teórico y crítico del autor trascienda la esfera nacional y su producción se pueda reunir en volúmenes cuya traducción sea factible, así como en obras completas dedicadas a la reflexión sobre las obras de otros.

Sin embargo, este no es el caso al que me refiero, al de las llamadas obras satélites de la cultura, que constituyen aquellos pequeños artículos académicos y científicos que hablan y discuten sobre las grandes obras y gracias a los cuales estas últimas logran atención, en primer lugar, a nivel nacional, y, posteriormente, debido a la difusión y el interés despertado localmente,

más allá de sus propias fronteras idiomáticas. De esta manera, superan la barrera del lenguaje a través de su traducción y adquieren visibilidad durante su recorrido internacional.

Resulta paradójico entonces que, dado el interés generado por una obra en su lengua nativa, esta crezca en razón a la crítica que despierta, y trascienda la esfera nacional, pero los textos académicos que la impulsaron y la dieron a conocer no sean tenidos en cuenta también dentro de ese itinerario foráneo que contribuyeron a establecer. Es bajo esta perspectiva, y desde mi punto de vista personal, cuando el trabajo intelectual así tomado debería merecer mayor atención.

Mi interés particular por los estudios sobre literatura brasileña nació gracias a la lectura de las traducciones que se hicieron en español de algunos textos producidos originalmente en lengua portuguesa. Posteriormente, en el momento de profundizar en su estudio y en el análisis del aparato crítico, resultó problemático encontrar bibliografía en español generada a partir de tales obras, puesto que todas esas referencias permanecían en su lenguaje original: es decir, no había traducciones del corpus creado alrededor de la fuente primaria de lectura. En consecuencia, si quería saber más acerca de la obra que quería analizar, simplemente debía aprender la lengua en la que fue originalmente escrita, ya que la mayoría de textos satélites estaban escritos en dicho idioma y permanecían en portugués, indisponibles para la cultura latinoamericana en general.

Una vez desarrollada la capacidad de comprender el idioma original (en mi caso, el portugués), pude acceder a los estudios y análisis de la obra literaria e inclusive logré entender mejor algunos aspectos que son ajenos a la traducción, pero que en el idioma original se conservan y en lecturas posteriores del texto adquieren mayor sentido. Como consecuencia de lo anterior, al tratar de divulgar la cultura y el contexto de donde provienen las obras escritas en portugués, una vez más me enfrentaba a dicha barrera idiomática, toda vez que en mi labor como profesora de literatura brasileña podía acercar a los estudiantes a las obras de estudio ya traducidas, pero no a los textos bibliográficos pertinentes y generados a partir de estas. Considero entonces que mi labor como traductora surge en razón a dicha carencia: existe un gran núme-

ro de estudios, análisis y ensayos escritos en lengua portuguesa, a la par de todo un catálogo de material audiovisual en portugués, que no tiene ninguna divulgación en el contexto latinoamericano debido a la ausencia de traductores del portugués al español y también al escaso interés editorial por la difusión del pensamiento y la cultura brasileña en nuestros países de habla castellana.

En este sentido, la producción intelectual de la academia brasileña, portuguesa y africana¹ es vasta, vigorosa, activa y creciente, pero prácticamente desconocida por el público latinoamericano, por ser una lengua diferente a la nuestra. Como se recalcó antes, solo grandes nombres de la crítica brasileña y portuguesa, que presentan un trabajo sobresaliente y consistente en su área de especialización, han sido traducidos al español.

En consecuencia, el objetivo primordial de mi trabajo mancomunado como docente y traductora es dar a conocer textos que pueden ser útiles para comprender el contexto en el que una obra ha sido creada y de este modo generar nuevas conexiones entre las distintas academias que escribieron o escribirán sobre esta. De esta forma, se pueden fortalecer los vínculos entre los diferentes organismos de producción intelectual y cultural y los organismos de crítica y teoría, sean estos universidades, grupos de investigación o grupos de lectura o de difusión de la cultura lusa.

Traducir dos idiomas que, en apariencia, poseen una determinada cercanía y estructuras lingüísticas similares puede ofrecer ventajas y desventajas para el traductor. En primer lugar, resulta engañosa dicha cercanía, ya que el traductor se enfrenta a usos idiomáticos distintos entre las dos lenguas, la emisora y la receptora, y que obligan, en primera medida, dada la transposición de los idiomas, a procurar que el texto original funcione dentro de la nueva matriz en donde se inserta. Para esto, lo más importante es intentar respetar el texto en sí, no perder de vista la expresión del autor respecto a lo que quiere decir y procurar que no se pierda parte de la información emitida al realizar la operación de equivalencia entre los dos idiomas.

1 Me refiero a las antiguas colonias portuguesas en el continente africano, de las cuales forman parte Mozambique, Angola, Cabo Verde, Guinea-Bissau y São Tomé y Príncipe que conforman la comunidad conocida como PALOP (Países Africanos de Lengua Oficial Portuguesa).

La comprensión de la traducción como la re-creación de un texto a partir de otro escrito en un idioma diferente se puede llegar a perder fácilmente si el agente operador de la reescritura no considera las características esenciales del texto original. La voz del autor (como en toda obra, literaria o no) debe primar sobre la opinión del traductor. Así las cosas, traducir un documento académico que estudia a su vez otro texto debe ser un proceso que abogue por mantener las opiniones y el estilo auténtico del autor original de dicho texto. Es decir, en la medida de lo posible, la obra debe hablar y ser reproducida con el tono planteado en su lengua original. Si lo anterior no es posible por las divergencias idiomáticas, el traductor debe ofrecer soluciones interpretativas para dichas dificultades lingüísticas. Es en este punto cuando el trabajo como traductor puede llegar a ofrecer desafíos no solo re-creadores, sino también y, sobre todo, estimulantes para la nueva expresión de un texto en un lenguaje diferente al de su creación.

Cuando hablamos de un texto crítico que se refiere a una obra literaria, la traducción del portugués al español presenta una doble dificultad, que a su vez da origen a un doble procedimiento operado en la recreación idiomática: el traductor debe traducir el texto crítico y, si es el caso, debe traducir fragmentos de la obra analizada. Si el texto ya ha sido traducido, lo más sencillo entonces será tomar las citas traducidas, pero si no es así, deberá igualmente delimitar con precisión y caracterizar específicamente las dos voces que dialogan en el texto académico: la del teórico que habla sobre el texto a analizar y la del autor de la obra original, esto es, la voz literaria que sirve de fuente, motivo e inspiración del texto crítico a ser traducido.

La situación se complica todavía más si, como es nuestro caso, el texto crítico argumenta su análisis a través de referencias y fragmentos de otros autores que, igualmente e idealmente, deberían también ser traducidos. Se multiplican las voces y los puntos de vista e incluso otros idiomas podrán aparecer incluidos en forma de citas y alusiones. Aún más, si el texto complementa su razonamiento al servirse de otras fuentes bibliográficas para sustentar sus ideas respecto al documento analizado —como es el caso de fragmentos de prosa o poesías completas—, la dificultad aumenta considerablemente, toda vez

que no solo será necesario traducir fragmentos en prosa, sino además líricos, en los que deben mantenerse las características específicas del género y su estructura formal como la rima, la métrica y el sentido poético del escrito.

En este momento el trabajo del traductor debe guiarse más por el sentido estético, a fin de conseguir la expresión adecuada de la subjetividad del autor, al establecer un balance entre lo que se traduce literalmente y aquello que necesita mayor libertad creativa, puesto que requerirá de un mayor grado de adaptación del texto entre los dos idiomas. Como resultado de lo anterior, el mensaje que el crítico literario o el académico pretendían ofrecer sobre el texto en cuestión será transmitido a otros públicos con mayor claridad.

En el caso de la traducción de material audiovisual (como presentaciones del autor o del texto, entrevistas, conversatorios o conferencias), se deben tener en cuenta no solo las inflexiones y características de la lengua escrita, sino también de la lengua hablada, ya que en la expresión oral se suelen utilizar con mayor frecuencia modalidades del lenguaje que presentan un rango más amplio de informalidad, diferente al de la lengua escrita, cuyas características y dinámicas son más estructuradas y obedecen al sistema formal con mayor rigurosidad. Por consiguiente, en la traducción de textos orales se deben incorporar situaciones lingüísticas cotidianas en las que el uso de modismos, dialectos, argots y hasta efectos onomatopéyicos tienen mayor presencia dentro del sentido del material a traducir. Igualmente, deberá tener especial importancia la sincronización de lo hablado con su correspondiente traducción, lo cual requerirá de capacidad de síntesis o de ampliación de una idea, por ejemplo, lo que generará a su vez la adecuación del texto traducido a los tiempos y pausas presentes y evidentes en la argumentación e intervención oral sobre un texto o autor ejecutados ante nuestros ojos y con la presencia directa del creador del contenido.

En este sentido, el trabajo del traductor de videos es diferente al del intérprete, dadas las condiciones de inmediatez de la materia a ser traducida. En primer lugar, un intérprete deberá expresar en tiempo real, casi de forma simultánea, lo que un individuo expresa en una lengua diferente a la del auditorio al que

se dirige. Entonces, el intérprete se encargará de reproducir en tiempo real lo hablado por el enunciador del mensaje en otra lengua. Por el contrario, en el caso del trabajo del traductor, deberá pasarse del medio oral al soporte escrito, o sea, se adicionará una etapa más al proceso de transmisión y transformación de la idea original, puesto que se sumará el proceso de reescritura de lo expresado antes por alguien, en un idioma diferente al que se desea llegar y en un tiempo diferente al de la emisión del material comunicativo. De este modo, el traductor tiene la ventaja de la distancia en tiempo y en espacio con el emisor original del mensaje, lo que le proporciona la capacidad de elaborar con mayor eficiencia el producto final traducido.

En conclusión, el traductor de textos académicos, audiovisuales e incluso de documentos sonoros forma parte activa de una cadena comunicativa que no termina con él, dado que la traducción resultante deberá generar nuevos trabajos y análisis tanto alrededor del texto original, como de los textos satélites, que deben ser incorporados orgánicamente a la fuente primaria y a su respectiva traducción. Así mismo, debe efectuarse un proceso similar con esta última al ser la base y el origen del interés intelectual, por lo que debe enriquecerse y contribuir para su efectiva divulgación.

Con base en lo anterior, se deduce que el traductor es un mediador entre los diferentes receptores de la obra crítica y de la obra original. Ya sea en el formato escrito o en el audiovisual, el traductor debe ejercer como un intermediario capaz de crear puentes que posibiliten el acceso y la superación de las barreras que, aparentemente, nos separan lingüísticamente.

A final de cuentas, el traductor debe ser un mensajero que, al procurar guardar fidelidad a lo que quiso decir un autor, invita a superar por fin la idea de que este es un traidor, que falta al texto y al mensaje original, y a contemplarlo como un efectivo agente transmisor de cultura que contribuye con la circulación y difusión de textos ajenos a su entorno más próximo y que posibilita el intercambio de ideas.○